

De 1870 a 1936

Sabemos que Adam Smith planteó una paradoja, la conocida paradoja del valor por la que el agua, que es esencial para la vida, cuesta poco, pero los diamantes, que son inútiles en comparación con el agua, son caros. ¿Por qué? Adam Smith no pudo resolver la paradoja. Nadie pudo dar una respuesta satisfactoria hasta que no apareció la teoría de la utilidad marginal subjetiva, que emergió en los primeros años de la década de 1870 en lo que se ha convenido en caracterizar —con recelos— como revolución marginal. La revolución marginal o marginalismo consistió en el descubrimiento simultáneo —pero independiente— por parte de William Stanley Jevons, Carl Menger y Léon Walras del principio de la utilidad marginal decreciente

Para comenzar a resolver la paradoja es necesario distinguir entre utilidad total y utilidad marginal. La utilidad total que se obtiene al consumir agua es enorme, pero conforme aumenta su consumo la variación que experimenta la satisfacción adicional es menor. Al valorar los consumidores por la utilidad marginal y no por la utilidad total, se concluye que el agua es más barata que los diamantes porque su utilidad marginal es menor. Pues bien, fue William Stanley Jevons (1835-1882) el que, en su trabajo *Teoría de la Economía Política* (1871), expuso de forma clara el concepto de utilidad marginal. Fueron también relevantes las aportaciones de Jevons a la teoría del intercambio fundamentada en las pérdidas y ganancias de utilidad, así como su teoría de la utilidad aplicada a la oferta de trabajo.

La teoría del valor que Carl Menger (1840-1921), desarrolla en sus *Principios de Economía Política* (1871), es completamente subjetiva. Distingue entre distintos tipos de cosas útiles o bienes, distinguiéndolos según su orden. Los bienes de primer orden son

aquellos que satisfacen necesidades directamente. Los bienes de orden superior derivan su carácter de su capacidad para producir bienes de orden inferior. Según Menger, existen diferentes grados de prioridad en las satisfacciones de los individuos, de forma que las diferentes satisfacciones tienen diferentes grados de importancia. Incluso dentro de la misma clase de bienes, las satisfacciones pueden variar en importancia. Así, los individuos intentan satisfacer, en primer lugar, sus necesidades más urgentes y después las menos urgentes; pero siempre combinan la satisfacción más completa posible de sus necesidades más urgentes con una satisfacción menor de sus necesidades menos urgentes. Sentadas estas premisas, Menger establece el principio de equimarginalidad, por el que dados unos recursos escasos, los individuos ordenarán sus cestas de consumo de forma que en el margen la satisfacción obtenida por el consumo de cada bien sea la misma para cada mercancía. De este modo, es la satisfacción menos urgente la que otorga valor a ese bien.

Destaca también dentro del grupo de los autores marginalistas León Walras (1834-1910) y su obra *Elementos de economía política pura* (1874). El gran problema que intentó resolver fue el de relacionar todos los mercados que componen una economía. Con tal fin, desarrolló la idea del equilibrio económico general y su expresión en forma de un sistema de ecuaciones simultáneas. Walras introdujo el análisis de la utilidad marginal o *rareté* después de su investigación sobre la teoría del valor de cambio. Coincidió con Jevons al afirmar que la utilidad era subjetiva y que no tenía relación directa o mensurable con el tiempo o el espacio. Con esta idea solucionó el problema del intercambio de mercancías y la elaboración de curvas de demanda individual (R. F. D.).

WILLIAM STANLEY JEVONS y FRANCIS YSIDRO EDGEWORTH

William Stanley Jevons (1835-1882) fue uno de los pioneros del marginalismo junto a Walras y Menger. Nacido en Liverpool, era hijo de un ingeniero y hombre de negocios que había publicado algo sobre Economía y legislación, y al que la crisis de 1848 dejó en la ruina. La formación inicial de Jevons fue eminentemente técnica: primero estudió Química y Matemáticas en Londres y luego —de forma autodidacta— Botánica y Meteorología. En Australia, adonde había ido en 1854 como contrastador de la Casa de la Moneda de Sydney ante la penuria económica familiar, se empezó a interesar por los temas económicos, y en 1859 regresó a Inglaterra para completar su formación en esta disciplina. De un carácter difícil e introvertido, Jevons no dejó discípulos directos, pero sus aportaciones sorprenden tanto por ser numerosas, referidas a campos muy variados y con pocos antecedentes, como por haber sido realizadas en un corto espacio de tiempo, pues murió prematuramente a los 45 años, ahogado mientras se bañaba en el mar.

Sus trabajos económicos fueron diversos e innovadores. En 1865 publicó un libro titulado *La cuestión del carbón* en el que planteaba crudamente las consecuencias que podrían derivarse del agotamiento del carbón, un recurso no renovable, que era la base de la economía industrial británica y cuya utilización crecía rápidamente. También se ocupó de los números índices, de lógica y método científico, y de los ciclos económicos. En este sentido elaboró una curiosa teoría sobre la influencia de las manchas solares en la actividad económica. Además, escribió trabajos que reflejaban sus inquietudes sociales y redescubrió a economistas importantes del pasado como Cantillon. Pero sin duda su obra más des-

tacada fue la *Teoría de la economía política* (1871), de contenido estrictamente teórico y que constituyó su aportación clave a la llamada revolución marginal. En este libro, partiendo del concepto de grado final de utilidad (utilidad marginal) y del lenguaje gráfico y matemático, Jevons propuso una teoría subjetiva del valor e intentó explicar el intercambio. Además, apuntó aspectos relativos al mercado de trabajo y la distribución. Ciertamente los planteamientos de Jevons eran incompletos en unos casos y directamente incorrectos en otros, pero estaban llenos de sugerencias e intuiciones brillantes que abrían la puerta a futuros desarrollos teóricos.

Precisamente, Francis Ysidro Edgeworth (1845-1926) fue quien demostró una de las fallas principales de los planteamientos de Jevons, en concreto que su modelo de intercambio era incorrecto porque en un intercambio bilateral el resultado es indeterminado. Para mostrarlo Edgeworth utilizó su famosa «Caja», en la que destacaba un instrumento que ha llegado a ser esencial en la microeconomía moderna, las curvas de indiferencia. Licenciado en Humanidades y doctor en Derecho, Edgeworth llegó a ser sin embargo un gran matemático autodidacta e hizo contribuciones importantes en el campo de los números índices y la estadística teórica. Además, Edgeworth fue editor del *Economic Journal*, probablemente la revista de economía más importante de la época, desde su creación en 1891 hasta 1926, momento en el que le sucedió Keynes en el cargo. Su obra económica más importante fue la *Psíquica matemática* (1891), un extraño libro donde se apunta la idea de «núcleo» de una economía de intercambio, que sólo recientemente empezó a llamar la atención de los economistas como consecuencia de los desarrollos de la teoría de juegos (J. L. R. G.).

La Escuela austriaca de Economía fue fundada por Carl Menger (1840-1921), y es una escuela de pensamiento económico que se opone a la utilización de los métodos de las ciencias naturales para estudiar las acciones humanas, prefiriendo utilizar en su lugar la lógica y la introspección. Es habitual en el ámbito de la historia del pensamiento económico hablar de una vieja escuela austriaca de economía cuando, al estudiar los elementos que componen la denominada revolución marginal, se menciona a Carl Menger y su obra *Principios de Economía Política*, como el autor que elaboró el concepto de utilidad marginal en el ámbito de la escuela de Viena de forma independiente a cómo lo estaban desarrollando por esas mismas fechas (1871) los otros dos representantes del primer marginalismo, William Stanley Jevons y Léon Walras. Bien es cierto que a diferencia de Jevons y Walras, Menger centró la atención en el estudio de las instituciones y de las condiciones de desequilibrio. Al considerar todo lo relacionado con la formación de los precios del mercado como manifestaciones superficiales de fuerzas mucho más profundas que operaban en el intercambio de bienes y servicios, se separó de los planteamientos de la teoría del equilibrio general y del análisis del equilibrio parcial para la determinación de los precios en régimen de competencia. Para Menger, el objetivo de la economía era intentar hacer comprensible el fenómeno social en términos de objetivos y planes individuales. En este sentido, el individualismo metodológico era el modo más apropiado para estudiar los fenómenos económicos, y el nivel al que tenían que situarse los estudios era al nivel del individuo.

Los otros dos autores representativos de la primera escuela austriaca de economía, discípulos directos de Menger, fueron

Friedrich von Wieser (1851-1926) y su amigo Eugen Böhm-Bawerk (1851-1914). Ambos mantuvieron viva la llama de la economía teórica en la Europa germano parlante, pues toda Alemania estaba dominada por entonces por la Escuela historicista. Wieser fue el sucesor de Menger en la cátedra de la Universidad de Viena en 1903. Previamente había sido profesor en esta misma universidad y en la de Praga, y durante la Gran Guerra fue nombrado ministro de Comercio, lo que interrumpió su carrera académica. En *Valor natural* (1889), quizá su obra más celebrada, intentó mostrar que en cualquier sociedad, independientemente de sus instituciones, habría que realizar valoraciones, por lo que una economía socialista no podría prescindir de estas. Wieser además se interesó de forma particular por la idea del «coste alternativo» (o coste de oportunidad) como fundamento de la teoría del valor, así como por el análisis de la escasez y la asignación de recursos a partir de los conceptos de utilidad marginal decreciente y coste marginal. También prestó atención a la teoría de la «imputación», remarcando que el precio de los factores de producción viene determinado por los precios de los bienes finales que aquellos contribuyen a producir, y no al contrario, como habían sostenido los economistas clásicos.

Böhm-Bawerk fue profesor primero en Innsbruck y después en Viena, alternando esta labor con la de ministro de Finanzas, cargo que ocupó durante tres periodos y desde el que defendió el patrón oro y el presupuesto equilibrado. Infatigable polemista, rechazó de plano la teoría del valor-trabajo, realizando una minuciosa crítica de la obra de Marx que llegaría a convertirse en clásica en *Karl Marx y el fin de su sistema* (1896). Además, se interesó vivamente por la teoría del capital y por la historia de la Economía. Su principal obra fue *Capital e Interés* (1884-1902), en tres volúmenes, en la que señalaba al factor tiempo como la verdadera esencia del capital. (R. F. D. y J. L. R. G.).

Después de dos intentos fallidos por entrar en la prestigiosa *École Polytechnique* y de probar suerte en muy diversos empleos, el francés Léon Walras (1834-1910) finalmente consiguió en 1870 un puesto de profesor de Economía política en la entonces Academia de Lausana, posteriormente designada Universidad de Lausana. En este puesto Walras iba a permanecer veinte años, y a través de la cátedra iba a desarrollar una intensa actividad en busca del reconocimiento académico de sus ideas. Este reconocimiento tardó en llegarle; sólo al final de su vida se otorgó cierta importancia a su doctrina. Sin embargo, lo que sí consiguió fue formar una escuela —la Escuela de Lausana— que encontró fundamentalmente adeptos en Italia. Entre ellos cabe destacar a Vilfredo Pareto (1848-1923), el autor más conocido, a Maffeo Pantaleoni (1857-1924) o a Enrico Barone (1859-1924).

Una de las explicaciones del poco éxito que tuvieron las ideas económicas de Walras en el ambiente intelectual de su época se explica por la profunda abstracción de su método económico. Por influencia de Cournot, que había sido compañero de estudios de su padre, Walras intentó desarrollar un proyecto planteado por aquel de elaborar un modelo de equilibrio general. Lejos de considerar este proyecto como algo de todo modo irrealizable, como había sugerido Cournot, Walras decidió acometerlo. En su libro, *Elementos de economía política pura*, publicado en dos partes; en 1874 y 1877, desplegó este ambicioso modelo a través de un sistema de ecuaciones que plasmaban el comportamiento de los agentes económicos: demandantes y oferentes tanto de los mercados de productos (hasta m) como de los factores o servicios productivos (hasta n). Los precios y las cantidades de equilibrio en los mercados son las incógnitas de su sistema de ecuaciones; las cantidades

de factores que se utilizan para la producción de cada producto (nm), que él define como «coeficientes técnicos», son parámetros que considera fijos en la primera versión de su modelo. En total hay $2m+2n$ incógnitas a las que resta 1, que sería la unidad de cuenta del sistema y por tanto con la unidad como precio. El ajuste hacia el equilibrio se lleva a cabo a través del voceo de precios por un subastador que mediante aproximaciones o tanteos —*tâtonnements*— hace que los agentes conduzcan sus demandas y ofertas hacia un equilibrio general.

En líneas generales, los escritos sobre Economía de Wilfredo Pareto siguieron el método matemático y del equilibrio general de Walras, pero, por otro lado, hubo bastantes diferencias en sus trabajos y también en su ideología. Ello provocó que, tras un periodo de armonía inicial, con el tiempo acabaran distanciándose. El rechazo de Pareto a todo vestigio de utilitarismo se manifestó en buena parte de su obra. En primer lugar, en su modelo de equilibrio general substituyó la palabra *utilidad* por el término *ofelinidad*, de origen griego, que él define como la capacidad de satisfacer necesidades. Además, Pareto despojó a la curva de indiferencia de Edgeworth de su contenido de utilidad para transformarla en un enunciado aparentemente empírico de combinaciones de bienes que resultan igualmente aceptables para un consumidor. Pero la aportación de mayor alcance de su obra es la formulación de las condiciones de *ofelinidad* máxima, más tarde conocida como «óptimo de Pareto», que definió como una posición en la que es imposible, por medio de una pequeña variación, incrementar la *ofelinidad* de algún individuo sin que empeore la de otro. Este criterio iba a constituir un punto central en la Economía del bienestar (N. S. M.).

SÍNTESIS NEOCLÁSICA

Tras la irrupción del marginalismo en la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de economistas intentó tender puentes entre la doctrina económica de los economistas clásicos y las nuevas contribuciones que habían desarrollado los marginalistas, que rechazaban una parte importante del pensamiento clásico. Un punto central de este rechazo era la teoría del valor. Los marginalistas pensaban que sólo el componente subjetivo otorgaba valor a los bienes, mientras que los clásicos habían mantenido que eran los costes de producción los que conferían valor. Los autores neoclásicos combinaron ambas teorías y establecieron que el valor depende de la oferta (un componente objetivo derivado de los costes) y de la demanda (otro subjetivo). El precio obtenido de su confluencia era el mejor indicador del valor de un bien. Además, a partir de las obras de los autores neoclásicos se creó una ortodoxia dentro de la economía que erigió a la ciencia económica como una disciplina académica absolutamente madura.

En la lista de autores neoclásicos Alfred Marshall (1842-1924) ocupa un lugar preeminente. Sin embargo, a lo largo de su vida manifestó un rechazo constante a que su obra fuera considerada una síntesis entre los clásicos y los marginalistas. Aunque reconoció su deuda con Ricardo o Mill, negó que los escritos de Jevons o de Menger hubieran tenido alguna influencia en su obra. Por otra parte, la influencia de Marshall en la cátedra que ocupó en Cambridge fue notable, formando a una serie de eminentes economistas entre los que figuran Arthur C. Pigou y el mismo John Maynard Keynes.

John Bates Clark (1847-1938) e Irving Fisher (1867-1947) son dos de los principales economistas que a través de sus cátedras en Estados Unidos —en Columbia y Yale respectivamente— dieron

una nueva entidad a la economía en su país. Clark, aunque educado en Alemania como tantos en su generación, se alejó de los postulados de la Economía histórica y se adentró en el análisis de la utilidad marginal en su primer libro, *Filosofía de la Riqueza* (1885). En el segundo, *Distribución de la Riqueza*, de 1889, Clark desarrolla el concepto de la productividad marginal decreciente aplicable a todos los factores productivos. Irving Fisher, por su parte, durante la primera parte de su vida se dedicó como Clark al estudio de la utilidad. El punto más interesante en este campo lo constituye la teoría de la utilidad cardinal en la que propone medir la utilidad mediante una nueva medida, los «útiles», desechando de este modo las connotaciones utilitaristas de la teoría. Más tarde Fisher se centró en la teoría del interés y el capital y en la teoría y política monetarias. En sus libros *La naturaleza del capital y de la renta* (1906), *El poder adquisitivo del dinero* (1911) y la *Teoría del interés* (1930), recupera algunos de los postulados sobre el tipo de interés y el dinero del pensamiento clásico, como la consideración del interés como una variable no monetaria o la adhesión a la teoría cuantitativa.

El economista sueco Knut Wicksell (1851-1926) compartió con Marshall y Fisher su preocupación por las cuestiones monetarias. En concreto, todos ellos convinieron en utilizar el método de su nueva teoría del valor para determinar el valor del dinero. En este campo Wicksell realizó un análisis profundo de cómo un aumento en la cantidad de dinero derivado de bajadas en los tipos de interés nominales produce efectos en la economía real, algo muy parecido a lo sugerido por el economista clásico Henry Thornton (N. S. M.).

ALFRED MARSHALL

Alfred Marshall (1842-1924) fue profesor de Economía política en Cambridge y fundador de la escuela de Cambridge. Su influencia académica y su autoridad científica le sirvieron para establecer unos estudios diferenciados y profesionalizados de Economía, tanto en su nivel de licenciatura como de doctorado. Le interesó la empresa y se preocupó para que tanto los empresarios como los trabajadores conocieran las leyes que rigen esta ciencia. Llegó a la Economía desde las Matemáticas, y de ahí que sintieran cierto escepticismo a la hora de aplicarlas a esta. De hecho, lo primero que hizo al acercarse a la Economía fue traducir las ideas de Ricardo, Smith y J. S. Mill al código matemático, si bien para uso particular, tal como él mismo recomendaba. Luego, más tarde, en sus *Principios*, relegó los gráficos y las fórmulas a notas a pie de página y apéndices. Su afán por aliviar la pobreza y sus paseos por los barrios pobres le llevaron a estudiar Economía e intentar que las teorías económicas tuvieran una utilidad práctica para gobernantes, empresarios y sindicatos. En su principal obra, *Principios de Economía* (1890), consideraba que esta era una ciencia que estudiaba el comportamiento humano. Definido así el objeto de la Economía proponía descubrir las regularidades de los hechos económicos de tal forma que estos pudieran expresarse en forma de leyes económicas. Dada la complejidad de los fenómenos a estudiar, el método que proponía para analizarlos consistía, en primer lugar, en aislar una determinada variable o sector, suponiendo que dicha variable o sector no se veía influenciado por el resto. Este supuesto es conocido con el nombre de cláusula *ceteris paribus*, según la cual el resto de las variables permanecen constantes o iguales. En segundo lugar, el enfoque del equilibrio parcial le llevó a considerar asimismo varios periodos de tiempo

«operativos» en el proceso de ajuste del mercado: el corto plazo o periodo de tiempo en el que algún factor productivo, normalmente el capital, permanece constante, y el largo plazo, o periodo de tiempo en el que tanto el factor trabajo como el factor capital varían.

Al igual que Jevons y Walras, Marshall utilizó funciones de utilidad separables y aditivas en las que la utilidad que reporta el consumo de un bien cualquiera depende exclusivamente de dicho bien. De aquí derivó lo que denominó «listas de demanda», que se comportaban según la ley de la demanda: la cantidad demandada de un bien aumenta cuando hay una disminución en su precio y disminuye cuando aumenta el precio. También insistió en la distinción entre utilidad total y marginal y formuló claramente el concepto de elasticidad en el precio de la demanda. Definió el excedente del consumidor considerándolo como la diferencia entre el precio que una persona estaría dispuesta a pagar antes de privarse de la cosa, y el que realmente paga por ella. En su análisis de la oferta estableció las condiciones necesarias y suficientes de maximización del beneficio. En cuanto al equilibrio del mercado, fue a partir del trabajo de Marshall cuando los economistas dejaron de disputar acerca de si es el lado de la oferta o el lado de la demanda lo que determina los precios y las cantidades de intercambio en el mercado. En el famoso pasaje en el que realiza una analogía con unas tijeras, establecía que discutir acerca de si el valor está determinado por la utilidad o por el coste de producción sería lo mismo que discutir acerca de si es la lámina superior de unas tijeras o la inferior la que corta un trozo de papel (R. F. D.).

Johan Gustaf Knut Wicksell (1851-1926) nació en Estocolmo en una familia de clase media. Estudió Filosofía y Matemáticas en la Universidad de Upsala. Muy interesado por el problema demográfico —mostrándose siempre partidario del control de la natalidad—, decidió dedicarse seriamente a la Economía hacia 1886, y gracias a una beca visitó universidades en Austria, Alemania, Francia y el Reino Unido. Cuando en 1890 volvió a Estocolmo no pudo enseñar dicha materia en la universidad, pues para ello era precisa la titulación en Derecho. Por ello continuó escribiendo y dando conferencias, tal como había hecho antes de su viaje al extranjero, cuando había analizado de forma provocativa problemas sociales tales como la prostitución, el alcoholismo, la pobreza o el crecimiento poblacional, atrayéndose así la atención popular. Llegó incluso a simpatizar con los jóvenes socialistas, pero siempre rechazó de plano el marxismo.

Por fin, a los cincuenta y tres años obtuvo una cátedra de Economía política en la Universidad de Lund, aunque antes se había visto obligado a cursar los pertinentes estudios de leyes para poder optar a la enseñanza de dicha disciplina. Allí permanecería hasta su retiro en 1916. A lo largo de su vida mantuvo siempre unas ideas controvertidas en relación a la reforma social y a la organización de la sociedad sueca, ideas que a menudo suscitaron rechazo entre sus compatriotas. Llegó incluso a ser encarcelado durante dos meses en 1910, con casi sesenta años, por un escrito satírico relativo a temas religiosos. También fue polémico en sus posturas políticas, defendiendo —por ejemplo— la incorporación de Suecia al Imperio ruso para que este garantizara la defensa del país frente al exterior.

Tradicionalmente Wicksell venía siendo considerado más como un gran sintetizador que como un innovador, y por eso se le situaba junto a Marshall en el nacimiento de la llamada síntesis neoclásica. Así, por ejemplo, su exposición de la teoría de la productividad marginal, que ya había sido planteada por economistas como J. B. Clark o Wicksteed, es quizá la más clara y completa. Además, fue capaz de promover un importante grupo de distinguidos discípulos, que se llamó la Escuela de Estocolmo (Ohlin, Myrdal, Lindahl, etc.).

Sin embargo, últimamente la figura de Wicksell se ha revalorizado de forma notable. Por un lado, sus ideas sobre hacienda pública han sido una de las inspiraciones claves para James Buchanan, el impulsor de la escuela de la Elección Pública. Wicksell se fijó especialmente en el significado de las reglas bajo las cuales los agentes políticos adoptan sus decisiones y apuntó que los intentos de reforma deberían dirigirse hacia cambios en dichas reglas y métodos de adoptar decisiones en vez de intentar influir sobre el comportamiento de los actores. Por otro lado, la huella del economista sueco también ha sido importante en el campo de la teoría monetaria. Wicksell estudió los fenómenos de ahorro e inversión, relacionándolos con la productividad marginal del capital y con las variaciones en los tipos de interés, y para ello efectuó una distinción entre el tipo de interés natural (o rendimiento esperado del capital) y el tipo de interés de mercado, que cuando no coincidían daban lugar a procesos acumulativos inflacionarios o deflacionarios.

Entre las principales obras wicksellianas destacan *Valor, Capital y Renta* (1893), *Interés y Precios* (1898), y *Lecciones de Economía Política* (1901-1906) (J. L. R. G.).

ESCUELA DE ESTOCOLMO

La aportación sueca al desarrollo de la teoría económica ha sido de gran importancia. Al hablar de la Escuela de Estocolmo nos referimos sobre todo a los discípulos directos e indirectos de Knut Wicksell: nombres como los de Gustav Åkerman (1888-1959), Erik R. Lindahl (1891-1960), Gunnar Myrdal (1898-1987), Bertil G. Ohlin (1899-1979), Erik F. Lundberg (1907-1987), o Dag Hammarskjöld (1905-1961), entre otros. Desde una perspectiva más amplia, sin embargo, al hacer referencia a la Escuela sueca se podría incluir también a algunos contemporáneos y rivales intelectuales de Wicksell, grandes economistas como Gustav Cassel (1866-1945), David Davidson (1854-1942), o Eli F. Heckscher (1879-1952). Incluso se podría hablar de economistas suecos posteriores como Assar Lindbeck o los premios Nobel Ragnar, A.K. Frisch y Trygve Haavelmo, que trabajaron en el campo de la Economía cuantitativa.

Entre los economistas que formarían estrictamente la Escuela de Estocolmo hay que referirse especialmente a Myrdal, premio Nobel en 1974 y alumno de Wicksell y Cassel. Destacó por sus trabajos en teoría monetaria y su análisis de las fluctuaciones económicas, aunque más tarde pasaría a ocuparse de temas de desarrollo económico dando un giro radical hacia un enfoque institucionalista. Otro nombre distinguido es el de Ohlin, premio Nobel en 1977, que es recordado sobre todo por sus aportaciones en el campo de la teoría del comercio internacional y de los movimientos internacionales de capitales. Lindahl, por su parte, fue quizá el más riguroso en el terreno teórico. Trabajó en términos intertemporales sobre cuestiones de equilibrio y teoría del capital, y se internó en terrenos que hoy se incluyen dentro de la moderna teoría neo-walrasiana. También fue importante su estudio en el campo de los bienes públicos.

En cuanto a economistas de la Escuela sueca en sentido amplio, y dejando al margen a Wicksell, es ineludible hablar de ese otro gran maestro que fue Cassel. Doctor en Matemáticas por la Universidad de Upsala, estudió Economía en Alemania para pasar luego a dar clases en Estocolmo. Su gran obra fue la *Teoría de la Economía Social*, de 1918. En ella hizo una reexposición de la teoría walrasiana del equilibrio general, aunque atacó la teoría de la utilidad y el marginalismo. Otra de sus aportaciones notables fue su exposición de una teoría de los tipos de cambio basada en la paridad del poder adquisitivo. Poco dado a reconocer méritos ajenos y de carácter difícil, fue uno de los más feroces críticos de la *Teoría General* de Keynes. En cuanto a Davidson, que quizá sea el menos conocido internacionalmente, tuvo un papel destacado al exportar la Economía teórica a Suecia, que había estado dominada por el historicismo alemán. Fue el primer profesor de Economía de Suecia y fundó la que luego sería la *Scandinavian Journal of Economics*, prestigiosa revista que se ha mantenido hasta la actualidad. Por último, vale la pena referirse a Eli Heckscher. Alumno de Davidson y docente a las órdenes de Cassel, fue muy prolífico en sus publicaciones, sin embargo no se dedicó a la Economía teórica pura. Su mayor contribución en este terreno se restringe a lo que luego se conocería como el modelo Heckscher-Ohlin de comercio internacional. Prefirió centrarse en la historia económica y la historia del pensamiento económico, terrenos en los que publicó obras tan destacadas como *El sistema continental* (1918) o *El mercantilismo* (1931) (J. L. R. G.).

En general, es la reinterpretación de la historia o de las doctrinas históricas. Los primeros que usaron el nombre fueron los revisionistas del marxismo, ex marxistas como Eduard Bernstein (1850-1932), Karl Kautsky (1854-1938) y otros. El revisionismo «volvía a Kant» y rechazaba el materialismo y el método dialéctico (Plejánov los criticó). Además, ponía en duda la tendencia a la concentración, que no se daba en la agricultura, y mantenía que las crisis del capitalismo eran cada vez más escasas y susceptibles de ser eliminadas por los cárteles. Los revisionistas creían que, con la democracia, el Estado ya no era órgano de dominación de clase y que se llegaría al socialismo por evolución, a través de los sindicatos y las cooperativas (algo que criticó Rosa Luxemburgo). Por tanto, la «teoría de la bancarrota del capitalismo» era para ellos inconsistente debido a que las contradicciones de clase tendían a atenuarse. Algunos querían sustituir la teoría del valor de Marx por la de Böhm-Bawerk. A fines del XIX, fueron revisionistas del ala de derecha los bernsteinianos en Alemania, los jauresistas en Francia, el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, o los mencheviques en Rusia. El «sindicalismo revolucionario» también era revisionista, en este caso de izquierdas (Labriola o Lagardelle). Negaban la necesidad de lucha política y de una dictadura del proletariado: los sindicatos podían, organizando una huelga general, derrocar el capitalismo.

Dentro del revisionismo están las escuelas neo-evolucionistas y neo-ricardianas. Los primeros evolucionistas se basaban en estadios evolutivos universales desde una sociedad más primitiva a otra «progresada». Muchos antropólogos evitaron esta controvertida idea hasta que surgió el neoevolucionismo. Este explica el desarrollo de la cultura a través de principios generales y suponiendo una unidad física de la humanidad. Aunque el primero en

usar la noción *economía evolucionista* parece haber sido Veblen, la línea de análisis evolucionista se desarrolló a través de Clarence E. Ayres en Texas desde 1920. De hecho, el evolucionismo pocas veces trata la evolución de las instituciones. Sin embargo, Hodgson (1993) ha intentado reintroducir el Institucionalismo Americano en los debates de la moderna Economía evolutiva. Aunque Schumpeter no encontró instrumentos para formalizar los procesos evolutivos, la Economía evolutiva ha empezado a formalizarse con simulaciones que muestran cómo el estado $t+1$ depende del de t y de factores exógenos, así como de procesos recursivos y juegos interactivos por mutación, selección, retención y adaptación (Nelson y Winter 1982).

En 1926, el italiano Piero Sraffa (1898-1983) mostró en Cambridge una inconsistencia en la teoría marshalliana cuando no había rendimientos constantes a escala. Eso le llevó a desarrollar su teoría de la producción en términos de equilibrio general y en competencia imperfecta. En la introducción a la nueva edición de las obras de Ricardo (1953) hizo una de las interpretaciones más remarcables de la teoría clásica y neoclásica. En 1960, Sraffa publicó *Producción de Mercancías por medio de Mercancías: prelude a una crítica de la teoría económica*. Allí revivía a Ricardo, inspirando a los «revisionistas de los clásicos», como los neo-ricardianos y llevando la «controversia del capital» en Cambridge. Su método heterodoxo eliminaba las preferencias subjetivas y a los individuos del modelo.

Sin embargo, los neo-ricardianos, como Steedman, lo que intentan es modernizar el trabajo de Ricardo y Marx en términos neoclásicos, basándose en la competencia perfecta, precios de equilibrio a largo plazo y las nociones de elección capitalista de la técnica (Shaik 1981). Tratan los procesos por los que nuevos métodos de producción compiten con los existentes suponiendo que los capitales individuales toman como dados los precios, incluso frente al cambio tecnológico. A pesar de tener raíces sraffianas, rechazan cualquier conexión entre tiempo de trabajo y precios. La forma monetaria del valor es la única posible (E. T.).

Desde la muerte de Marx, el concepto de *ortodoxia* ha generado debates que han llevado a fracturas en el seno del marxismo. Al principio, la ortodoxia era una posición privilegiada y deseable; con el tiempo, comenzó a tener connotaciones negativas. Lukács en 1923 se pregunta «¿Qué es el marxismo ortodoxo?» y responde que no implica aceptar acríticamente las conclusiones de Marx. La ortodoxia se refiere únicamente al método, al «ser social» que determina la conciencia del hombre. Pero Lukács se da cuenta de que no todo es cuestión de método. El marxismo también es la creencia de que el capitalismo no puede sostenerse a largo plazo y de que sus propias contradicciones acabarán con él y llevarán a una sociedad nueva, socialista.

Sin embargo, dentro del marxismo ortodoxo hay disenso. Rosa Luxemburgo creía que la espontaneidad de las masas podría crear una revolución permanente contra el poder; Lenin sostenía que el socialismo debería ser introducido en la clase obrera «desde fuera», por el partido. En el *Manifiesto comunista* el comunismo se autodefine como el movimiento de la clase trabajadora en su conjunto, independientemente de la nacionalidad. Marx dice que su aportación consiste en: 1) que la existencia de clases va unida a determinadas fases históricas; 2) que estas conducen a la dictadura del proletariado; y 3) que dicha dictadura es el tránsito hacia la abolición de las clases. Pero, entonces, Luxemburgo y Kautsky, que criticaron la dictadura del proletariado, no serían ortodoxos, cuando ellos claramente se autodefinían como tal.

Se consideran ortodoxos a los marxistas que en la Segunda Internacional Socialista (1889) criticaron a los llamados «revisionistas». Aunque esta Internacional, en que los anarquistas quedaron excluidos, fue al principio marxista, se decantó hacia posturas revisionistas. El capitalismo no había sufrido el desmoronamiento

que Marx había predicho y ese hecho suscitó debates: los revisionistas mantenían que el capitalismo estaba modificándose y sus contradicciones ya lo no minaban; Lenin sostenía que el imperialismo y la explotación de zonas subdesarrolladas estaba salvando a las sociedades capitalistas; y otros defendían que para que el capitalismo muriera tendría que haber una revolución, y que el sistema socialista —superior— se debía imponer por la fuerza.

Con el tiempo, las tesis imperialistas se convirtieron en la principal justificación del mantenimiento del capitalismo dentro del marxismo ortodoxo, y desde 1914, cuando la socialdemocracia se suponía que se había plegado al imperialismo, la Segunda Internacional se derrumbó. Lenin definió la política en el imperialismo como la lucha por el partido político y la forma principal de lucha por el poder estatal. Trotski consideró esa lucha indigna de él y, gracias a ello, Stalin pudo mantener en Rusia su estado burocrático y autoritario desde el congreso de 1923. Mao y Ho Chi Minh en China y Vietnam, así como la revolución cubana plagaron el ejemplo ruso de colectivización autocrática.

En el terreno de los debates marxistas, el intento de explicar las crisis capitalistas divide a los teóricos en: 1) los que ven el problema del capitalismo en la desproporcionalidad en curso de la acumulación de capital (anarquía de producción) y estudian la reproducción del capital social, como Lenin (1870-1924), Hilferding (1877-1941) u Otto Bauer (1881-1938); 2) los que ven el problema en el subconsumo o distribución desigual de la renta que provoca sobreproducción, como Luxemburgo (1871-1919), Paul Baran (1910-1964) o Sweezy (1910-2004) y 3) los que ven el problema en la reducción de la rentabilidad por el incremento del capital fijo y en la reducción de la plusvalía, como Skaik (1940-1986) o Piero Sraffa (1898-1983). Actualmente, se ha recrudecido el debate sobre el superimperialismo (Bujarin, 1888-1938) o ultraimperialismo (Kautsky, 1854-1938) de una sola potencia monopolista. El análisis marxista se mantiene vivo en la *Monthly Review* y la *Monthly Review Press* (E. T.).

SOCIALISMO TEÓRICO

Marx escribió sobre el capitalismo, no sobre el socialismo, y sus continuadores no abordaron el tema porque creían la revolución necesaria y que el socialismo se haría con la praxis. Despreciaban como «utópicos» a los que describían la sociedad socialista. Socialismo teórico se identificaba con socialismo utópico.

Uno de los primeros que usaron el término *socialismo teórico* fue Eduard Bernstein (1850-1932) en *Socialismo teórico y socialdemocracia política* (1900). Para Bernstein, la ciencia debe ser neutra, fundada en hechos; sin embargo, la moral es ideal. La ciencia no muestra que el socialismo sea necesario. Este sólo se justifica por razones éticas; es decir, teóricas. De ahí la denominación, que también suele identificarse con el modelo alemán del «socialismo de cátedra» (ideológico). Dentro del socialismo teórico surgió el debate sobre cómo la sociedad socialista asignaría recursos, que contribuyó al desarrollo de la microeconomía.

Vilfredo Pareto (1848-1923) analizó económicamente el socialismo (1902-1903) y no encontró razón por la que no pudiera lograr el máximo bienestar. Un seguidor suyo, Enrico Barone (1859-1924), construyó en 1908 un modelo en el que todos los recursos, salvo el trabajo, son de propiedad colectiva y un ministro controla la economía. Llegó a la conclusión de que si fijaba los precios de forma que fueran iguales a los costes de producción y éstos eran mínimos, la asignación sería óptima. En 1947, Paul Samuelson afirmó que no había ninguna formulación mejor del problema.

Los socialistas teóricos debatieron especialmente con los economistas austriacos (Mises y Hayek). Estos sostenían que en el socialismo no era posible una asignación racional de recursos. Hayek explicaba que, aunque la solución era posible en teoría, no lo era en la práctica. Era imposible reunir la información para esa asignación racional y resolver el sistema de ecuaciones simultáneas. Su postura

fue puesta en cuestión por Fred M. Taylor (1855-1932), quien afirmó que el problema podría resolverse. Si la renta fuera distribuida por el Estado y se permitiera a los hogares gastar su renta en libre mercado, las empresas de propiedad estatal planificarían la producción para satisfacer las demandas de los consumidores de manera que el precio fuera igual al coste de producción. El método de prueba y error revelaría los precios de equilibrio de los factores. Un precio demasiado alto generaría excedentes e indicaría a los planificadores la necesidad de bajarlo y un precio demasiado bajo provocaría escasez.

Oskar Lange (1904-1965) en 1936-1937 afirmó que en los mercados competitivos capitalistas, los hogares y empresas toman los precios como dados. Los planificadores pueden encontrar precios que igualen la oferta y la demanda, y los consumidores maximizarán su satisfacción dados los precios. Sin embargo, las empresas de propiedad estatal no tienen interés en maximizar beneficios. Debe exigirse a los productores que produzcan con el menor coste posible y con un precio igual al coste marginal. Lerner recalcó que la empresa estatal satisfaría las demandas de los consumidores operando, como en libre competencia, en el punto mínimo de su curva de coste medio a largo plazo. Entre las décadas de 1930 y 1970 se publicaron obras importantes de socialismo teórico dentro de la tendencia marxista, especialmente estudios sobre las tendencias del capitalismo. Aunque inaugurados por Rosa Luxemburgo (1870-1919) en los inicios del siglo XX, tuvieron continuadores de la importancia de Maurice Dobb (1937), Joan Robinson (1942), y Paul Baran y Paul Seewzy (1942, 1966). Michal Kalecki (1899-1970) también publicó en 1954 su teoría de la evolución del capitalismo, que resucitaba el concepto de clase social.

En los cuarenta existía unanimidad en que Mises y Hayek estaban en un error y que el socialismo podía asignar los recursos. Una de las razones de este consenso era que el modelo económico era esencialmente de equilibrio. Apenas se explicaba cómo se producirían los ajustes al desequilibrio. Sin embargo, en los últimos veinticinco años, esa idea ha cambiado (E. T.).

Surgió como reacción a los problemas generados por la escisión capital-trabajo en las empresas capitalistas. Su origen se remonta a 1844, cuando un grupo de tejedores desocupados de la fábrica de Rochdale, Inglaterra, estableció una organización cooperativa. Estos pioneros se auto-impusieron unas reglas que Carlos Hortherserth plasmó en la *Carta de Cooperación* y así nació el cooperativismo organizado. Sus principios básicos eran: I. Ayuda Mutua. II. Responsabilidad. III. Democracia. IV. Igualdad. V. Equidad. VI. Solidaridad. La Alianza Cooperativa Internacional los revisó en 1937.

El cooperativismo se basa en un ideal de autogestión de las empresas, de origen anarquista, un cambio radical en la situación de los trabajadores que, de simples vendedores de su fuerza de trabajo, pasarían a ser colectivamente su propio patrón. Aunque en términos económicos implica la abolición de la condición salarial, es también una filosofía de acción directa, una revolución contra la autoridad o la delegación del poder. Implica crear relaciones sociales que reduzcan las relaciones verticales de poder en favor de las horizontales (Edmond Maire y Jacques Julliard defienden este sistema). Las experiencias autogestionarias son pocas, pero intensas: la Comuna de París de 1871, los soviets de 1917, los consejos de Fábrica de Italia o Hungría de 1919-1920, o las experiencias de la Guerra Civil española de 1936-1939 (relatadas por Leval y Orwell y lideradas por Durruti). También surgen en la Yugoslavia de Tito o en los Kibbutz israelíes, así como en el Mayo del 68 y en la izquierda autogestionaria francesa.

Sin embargo, el cooperativismo dentro del capitalismo no implica una transformación radical. Las cooperativas son entidades de carácter personal, no de capital, pero tienen en común con

las SA que están divididas en participaciones y que se administran a través de asambleas, consejos y sindicaturas. En las cooperativas de primer grado se asigna sólo un voto por persona. Muchas veces se determina una cantidad de acciones máxima por el riesgo de que una persona tenga más poder por las veladas amenazas de retiro intempestivo de sus acciones; o se legisla que la devolución de acciones se realice en momentos y condiciones prudentes, para evitar inestabilidad financiera. Se suele reconocer gran importancia a la educación de los asociados y su entrenamiento para la gestión. Algunas cooperativas están integradas por el Estado (servicios de electricidad, cooperativas de viviendas). Además de las cooperativas de producción y servicio, encontramos las de distribución (consumo y/o provisión), las de colocación de producción (servicio de venta de producción agrícola) o las de trabajo (ocupación de los trabajadores). En el caso de la experiencia de Mondragón, auspiciada por el sacerdote José María Arizmendiarieta desde 1956 en el País Vasco, conviven todas estas formas con gran éxito.

La diferencia con una empresa capitalista no es el riesgo del empresario, sino que en las empresas capitalistas los socios actúan para terceros y para obtener lucro, mientras que en las cooperativas son destinatarios de los servicios y se suponen sin afán de lucro. Por eso, las empresas capitalistas crean una «economía de lucro» y las cooperativas una «economía de servicio». John Stuart Mill defendió las cooperativas de producción en competencia mutua como modo de implicar al pueblo en la gestión. Charles Gide (1847-1932) propuso un cooperativismo de consumidores como modo de renovar la economía y salir del capitalismo consumista. Georges Fauquet (1883-1953) apuntó que no sólo en el capitalismo, sino también en el comunismo el trabajo y el consumo se usan como medios. Para llegar a una economía realmente cooperativa debe romperse la separación entre cooperativismo de consumo y de trabajo y buscar el refuerzo mutuo (E. T.).

El socialismo fabiano representó al socialismo no marxista después de Marx y acabaría teniendo gran influencia en el surgimiento del laborismo británico. En 1884 un pequeño grupo de jóvenes intelectuales británicos de clase media-alta fundaron la Sociedad fabiana, escindiéndose de la asociación La Vida Nueva, que había sido creada anteriormente con objeto de regenerar la humanidad a partir de la enseñanza de una nueva moral, basada en el amor, la sabiduría y la generosidad. Aparte de Beatrice Webb (1858-1943) y Sydney Webb (1859-1947) —fundadores de la *London School of Economics*—, entre los miembros más destacados de la Sociedad estaban el famoso dramaturgo George Bernard Shaw (1856-1950), el politólogo Graham Wallas, G.G.H Cole, William Clarke, o Annie Besant. Más tarde otro nombre ilustre, el del novelista H.G. Wells (1866-1946), pasaría a engrosar las filas del grupo hasta 1909, en que lo abandonó por la falta de agitación de masas. No era un movimiento obrero, sino un conjunto de personas acomodadas que compartían la idea —en términos de exigencia ética— de la necesidad de una acción comunitaria a favor de los sectores sociales más desamparados.

Hasta 1889 no se publican por primera vez los famosos *Ensayos fabianos*, que pueden considerarse el documento programático del grupo. En primer lugar, más que imponer una determinada concepción del mundo y operar una revolución política, abogaban por reformas sociales graduales, en una actitud claramente pragmática. Precisamente el nombre de *fabianos* viene del general romano Fabius Maximus Cunctator, *el Parsimonioso*, que consiguió sus victorias decisivas frente a Aníbal buscando reflexivamente el tiempo y mejor modo de combate.

En segundo lugar, los fabianos entendían que el medio fundamental para llevar a cabo su labor debía ser la educación y la pro-

paganda a través de artículos, folletos, conferencias e instituciones. «Educar, agitar, organizar» era su lema. Se trataba de influir en la opinión pública no tanto a través de una organización de masas, sino a través de la educación selectiva de unos pocos (profesionales, clases cultas y dirigentes) con el fin de favorecer a medio plazo la puesta en práctica de reformas de gobierno.

En tercer lugar, en el plano teórico los fabianos se mostraron eclécticos. Se ha dicho que combinaron una onza de teoría con una tonelada de práctica, sin duda muy influenciados por la Escuela histórica británica (Ingram, Toynbee, Cliffe Leslie, etc.). En cualquier caso, los fabianos rechazaron la teoría del valor trabajo, con el corolario de la plusvalía y la teoría de la explotación, pero no intentaron moldear su propia teoría económica. Optaron más bien por adaptar algunos instrumentos de la Economía ortodoxa, despreciando las formalizaciones más abstractas. En su crítica al sistema de libre mercado se centraron en un aspecto menor y no característico del capitalismo como su mayor falla, a saber: la teoría de la renta de la tierra de Ricardo. La influencia básica en este sentido provino de Henry George y sus propuestas de un impuesto único sobre este ingreso «no ganado» (inmoral). Los fabianos intentaron generalizar —sin éxito— la teoría ricardiana de la renta diferencial a otros ámbitos, como el capital y la cualificación del trabajo. El objetivo último de los fabianos era la socialización de todas las rentas económicas por medio de la tributación o la nacionalización, de forma que pudieran ser usadas para fines públicos. (J. L. R. G.)

John Atkinson Hobson (1858-1940) fue un economista inglés al que en ocasiones se incluye dentro del historicismo británico. Sin embargo las peculiaridades de su trabajo, en muchos aspectos crítico con el sistema capitalista de su época, hacen de él un autor bastante más cercano al modo de entender la Economía de Thorstein Veblen. Hobson, aunque en Economía fue un autodidacta, estudió clásicas en las universidades de Oxford y Cambridge. Militó primero en las filas del Partido Liberal, siendo más tarde, desde 1918, el economista teórico más destacado del Partido Laborista, donde defendió avanzados programas de reforma social y distribución de la renta.

De sus aportaciones al pensamiento económico destaca la doctrina del exceso de ahorro que analizó en su obra *La fisiología de la industria* (1889), escrita en colaboración con Albert F. Mummery. Hobson señalaba que el subconsumo provocaba una disminución de la demanda junto a la depresión y el desempleo. Se trataba de un argumento de oposición a la conocida ley de Say, y que ya había sido expuesto por autores como Robert T. Malthus. Pero cuando Hobson publicó su libro estas ideas fueron rechazadas por toda la opinión económica respetable, y él fue expulsado de los círculos académicos y ridiculizado en el *Economic Journal*. Sin embargo, más tarde había de ser recordado aprobatoriamente por Keynes, que utilizaría el mismo tipo de argumentos para desarrollar su teoría de equilibrio con desempleo.

Sin embargo sus aportaciones más recordadas son las relacionadas con su teoría del imperialismo, fruto de sus experiencias en África del Sur como corresponsal del *Manchester Guardian* en la Segunda Guerra de los Boer. En su libro *Estudio del imperialismo*, publicado en 1902, denunciaba las políticas de rivalidad en la

expansión colonial de las potencias europeas y las relacionaba con la necesidad de las metrópolis capitalistas de encontrar nuevos establecimientos para su población, nuevas fuentes de materias primas, y nuevos mercados para la exportación de bienes y de capitales (lo que enlazaba con la teoría de ahorro excesivo que había desarrollado en el primero de sus libros). Condenaba asimismo los intereses egoístas de los grupos financieros y comerciales para la prosecución de estas políticas, y describía sus efectos sobre la población indígena como «explotación» y «parasitismo».

A pesar de que sus teorías fueron duramente criticadas por los economistas ortodoxos, el análisis de Hobson fue pronto recogido por cierto número de escritores socialistas —Lenin y Rosa Luxemburgo entre ellos— que interpretaron el imperialismo como la última fase del capitalismo.

En 1909 escribió *El sistema industrial*, un tratado en el que mantenía que la mala distribución de la renta, provocada por el exceso de ahorro, era la causante del desempleo. En consecuencia, su remedio consistía en erradicar ese exceso mediante la redistribución impositiva y la nacionalización de los monopolios.

Hobson fue un economista teórico más que práctico, y aunque escribió en varias publicaciones socialistas y perteneció a la Sociedad fabiana, fue un pensador independiente que apoyó la reforma del sistema capitalista antes que la revolución comunista. Consciente de su heterodoxia, en los últimos años de su vida publicó su autobiografía que tituló *Confesiones de un economista hereje* (1938) (N. S. M.).

INSTITUCIONALISMO AMERICANO

Entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se desarrolló en Estados Unidos el llamado institucionalismo americano cuyos principales representantes fueron Thorstein Veblen (1857-1929), John R. Commons (1862-1945), Wesley C. Mitchell (1874-1948), John M. Clark (1884-1963) y Clarence Ayres (1891-1972). Los institucionalistas reaccionaron contra el carácter excesivamente deductivo y abstracto que iba tomando la teoría económica, en la que el marco institucional (derechos de propiedad, aspectos legales, comportamientos socialmente aceptados, etc.) se consideraba algo exógeno e idealmente dado, y que por tanto no se tenía en cuenta a la hora de elaborar modelos. Creían además que se trataba de una teoría económica poco relacionada con los problemas reales (la aparición de la gran empresa, el continuo cambio técnico, etc.) y que estaba dominada por una visión hedonista del hombre. Frente a esta percepción, los institucionalistas buscaron una mayor capacidad interpretativa de la realidad a través de un mayor realismo respecto al medio en que actuaban los agentes. En este sentido, se fijaron especialmente en las instituciones, pues entendían que estas condicionaban el comportamiento de los agentes, y por tanto el desenvolvimiento de la actividad económica.

En su afán de renovación completa de la teoría económica, los institucionalistas optaron por un enfoque multidisciplinar, buscando conjugar conceptos de muy distinta procedencia. Sin embargo, compartieron simplemente la inquietud por dar un nuevo enfoque a la Economía, pero cada cual intentó desarrollar y dar forma a este objetivo a su manera. Basta con analizar los trabajos de Veblen, Commons y Mitchell, que resultan notablemente dispares en cuanto a propósito, método y contenido. Más allá de la

puesta en duda de ciertas hipótesis y elementos de trabajo de la ortodoxia neoclásica (la idea de equilibrio, el comportamiento racional, el conocimiento perfecto, los ajustes instantáneos, etc.) no existen demasiadas cosas en común, lo cual complica la realización de generalizaciones. Así, los institucionalistas americanos ni siquiera contaban con una visión uniforme de las instituciones, que en general no sólo consideraban como restricciones el comportamiento del individuo, sino también como elementos que contribuían a moldear sus preferencias y a dotarle de una referencia para seleccionar información a partir de la cual tomar decisiones. El agente, en consecuencia, tendía a ser visto como un producto cultural: se rechazaba la figura del calculador racional y maximizador que constantemente está ajustando su comportamiento ante circunstancias cambiantes, y en su lugar se enfatizaba la importancia de la inercia, es decir, del hábito, la costumbre y las rutinas de comportamiento. Finalmente, frente a la idea de optimización y de estática comparativa que caracterizaba al enfoque neoclásico, la perspectiva del institucionalismo americano era holista, evolucionista y dinámica, haciendo especial hincapié en el estudio empírico concreto. Para los institucionalistas, la dinámica del sistema económico estaba dominada por el cambio técnico y por procesos de causación circular y acumulativa.

Debido quizá a la arriesgada pretensión de reconstruir la Economía sobre bases totalmente nuevas, partiendo de un rechazo radical de la Economía neoclásica, el institucionalismo acabó diluyéndose ante sus escasísimos frutos teóricos y el clima de autocomplacencia y consenso que dominó a la ciencia económica en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, la influencia de sus ideas se dejó sentir aún en economistas posteriores como Myrdal, Kapp o Galbraith (J. L. R. G.).

ESTADÍSTICA ECONÓMICA Y CICLOS

La Estadística matemática tiene sus primeros hitos en A. Quetelet (1796-1874) y P. S. Laplace (1749-1827), quienes inician una corriente favorable al desarrollo de la estadística sobre la base del cálculo de probabilidades, y defienden la aplicación de estos métodos al análisis de fenómenos económicos y sociales. Luego aparecerá el método estadístico de estimación de mínimos cuadrados —creado por A. M. Legendre (1752-1833), C. F. Gauss (1777-1855) y el citado Laplace— que comienza a ser desarrollado para su aplicación a cuestiones astronómicas, pero que abrirá amplias posibilidades en el terreno económico para explicar el valor de una variable según el comportamiento de otras n variables. Con todo, las teorías de regresión y correlación tal como las entendemos hoy se deben a Francis Galton (1822-1911), que además impulsó su aplicación a las ciencias experimentales. Sin embargo, fue Karl Pearson (1857-1936), profesor de Cambridge y fundador de *Biometrika* (1902), el padre de la Estadística económica. No sólo desarrolló ampliamente el análisis de regresión y correlación, sino que hizo también otras aportaciones decisivas como el método de estimación de los momentos o la obtención de un criterio para probar la adecuación entre datos y modelos teóricos. De hecho, sus trabajos son el origen de todo un conjunto de tests y métodos de contrastación propios de la inferencia estadística que hoy usan habitualmente los econométricos. Entre los discípulos de Pearson (G. U. Yule, W. S. Gosset, su hijo E. S. Pearson, etc.), destaca especialmente R. A. Fisher (1890-1962), quien sistematizó el conjunto de conocimientos que hoy constituyen el cuerpo básico de la Estadística y son de uso común entre los economistas cuantitativos, como la elección de un modelo a partir de datos empíricos, la estimación de sus parámetros, o su validación final mediante un test de significación.

Una vez asentadas las bases de la estadística matemática y de la Estadística económica a principios del siglo XX, durante el primer tercio de dicha centuria se van a realizar trabajos estadísticos en el campo de la teoría de la demanda y de los ciclos económicos. En el terreno del análisis estadístico de la demanda —primer ejemplo del uso de la técnica estadística de regresión y correlación lineal en fenómenos económicos agregados— se va a tomar como referencia teórica el análisis marshalliano, y los dos referentes inexcusables serán H. L. Moore (1869-1958) y H. Schultz (1893-1938). El análisis de la demanda alentará el nacimiento de una metodología típicamente econométrica, enunciando temas concretos referidos a modelos econométricos uniecuacionales, como problemas de identificación, multicolinealidad, errores en las variables o correlación espuria. Por otra parte, el estudio de los ciclos económicos tuvo gran importancia en las décadas de los veinte y treinta. Aunque las ideas básicas sobre ciclos ya existían (gracias a Juglar, Kitchin, Kuznets, Kondratieff, etc.), ahora se impulsarán desde los institutos de coyuntura el enfoque estadístico (la observación de regularidades estadísticas en los datos) y el enfoque estructural (la confirmación o rechazo de hipótesis explicativas existentes). Entre dichos institutos tuvo particular relevancia el *National Bureau of Economic Research*, fundado en 1920 por Wesley Clair Mitchell (1874-1948), quien lo dirigirá hasta 1945 publicando diversas obras sobre los ciclos de negocios. Mitchell partía de cierto grado de confianza en la regularidad con que se reproducen los movimientos cíclicos, de forma que estas regularidades podían ser utilizadas como guía de previsión inmediata de la actividad económica (J. L. R. G.).

JOHN MAYNARD KEYNES

John Maynard Keynes (1883-1946) ha sido seguramente el economista que ha ejercido una mayor influencia en el siglo XX. Su padre, Neville Keynes, fue un destacado metodólogo de la Economía y su madre una mujer de gran cultura. Ambos se habían educado en Cambridge y dieron a su brillante hijo una cuidada formación gracias a becas, primero en el exclusivo colegio de *Eton* y luego en el *King's College* de Cambridge (matemáticas y clásicos). En Cambridge Keynes se sumó al grupo de «los apóstoles» del que había formado parte el filósofo G. E. Moore. Estos eran antiutilitaristas y antivictorianos, y negaban la validez de normas y costumbres para imponer una moral. El joven Keynes también se uniría luego al «grupo de Bloomsbury», del que formaban parte escritores y artistas como Virginia Wolf o el pintor Duncan Grant, su amante durante muchos años. Sin embargo, Keynes chocaría con el grupo, al convertirse en funcionario del gobierno y economista rico y colaborar activamente en el esfuerzo británico en las dos guerras mundiales. No obstante, la actitud de Keynes hacia los empresarios fue siempre despreciativa, al igual que su actitud hacia los políticos. Creía que el gobierno debía ser asunto de una élite funcional que actuaría siempre en pos del interés público.

En Cambridge, donde se graduó en matemáticas en 1905, Keynes también estudió algo de Economía con Marshall y Pigou. A partir de aquí comenzó una intensa actividad que se desplegó en diversos campos a lo largo de toda su vida. Fue funcionario en la Oficina de la India entre 1906 y 1908 y comenzó a dar clases de Economía en la cátedra de Pigou. En 1911 se convirtió en editor del *Economic Journal*, y poco después publicó *Moneda y finanzas en la India* (1913), sobre el patrón oro. Tras estallar la Gran Guerra

fue asesor en el ministerio de Hacienda y luego representante de la Tesorería en la Conferencia de Paz de Versalles. En 1919 escribió *Las consecuencias económicas de la paz*, denunciando las nefastas implicaciones que tendrían las duras condiciones impuestas a Alemania, y en 1921 publicó *Un tratado sobre la probabilidad*, su tesis doctoral. En 1925 se casaría con una bailarina de los ballets de Diaghilev, poco después de haber publicado su *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923), un ataque al patrón oro y una defensa de la discrecionalidad del banco central. A lo largo de los años veinte escribió diversos artículos sobre coyuntura económica que recogería en sus *Ensayos de Persuasión* (1931), aparecidos algo antes que sus espléndidos *Ensayos Biográficos* (1933) sobre grandes economistas. De 1930 data el primer gran intento teórico de Keynes, el *Tratado del Dinero*, sobre las fluctuaciones económicas, los precios y la relación ahorro-inversión, que partía de un esquema wickselliano. Por fin, en 1936 aparece su gran obra, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, donde analiza sobre bases teóricas nuevas los problemas de depresión económica y desempleo masivo, proponiendo la solución del gasto público que expande la demanda agregada, la renta y el empleo a través del mecanismo del «multiplicador». En 1944 participó en *Bretton Woods*, donde se pusieron las bases del sistema monetario internacional de postguerra, y en 1946 moriría con sólo 62 años de un ataque cardíaco (J. L. R. G.).

